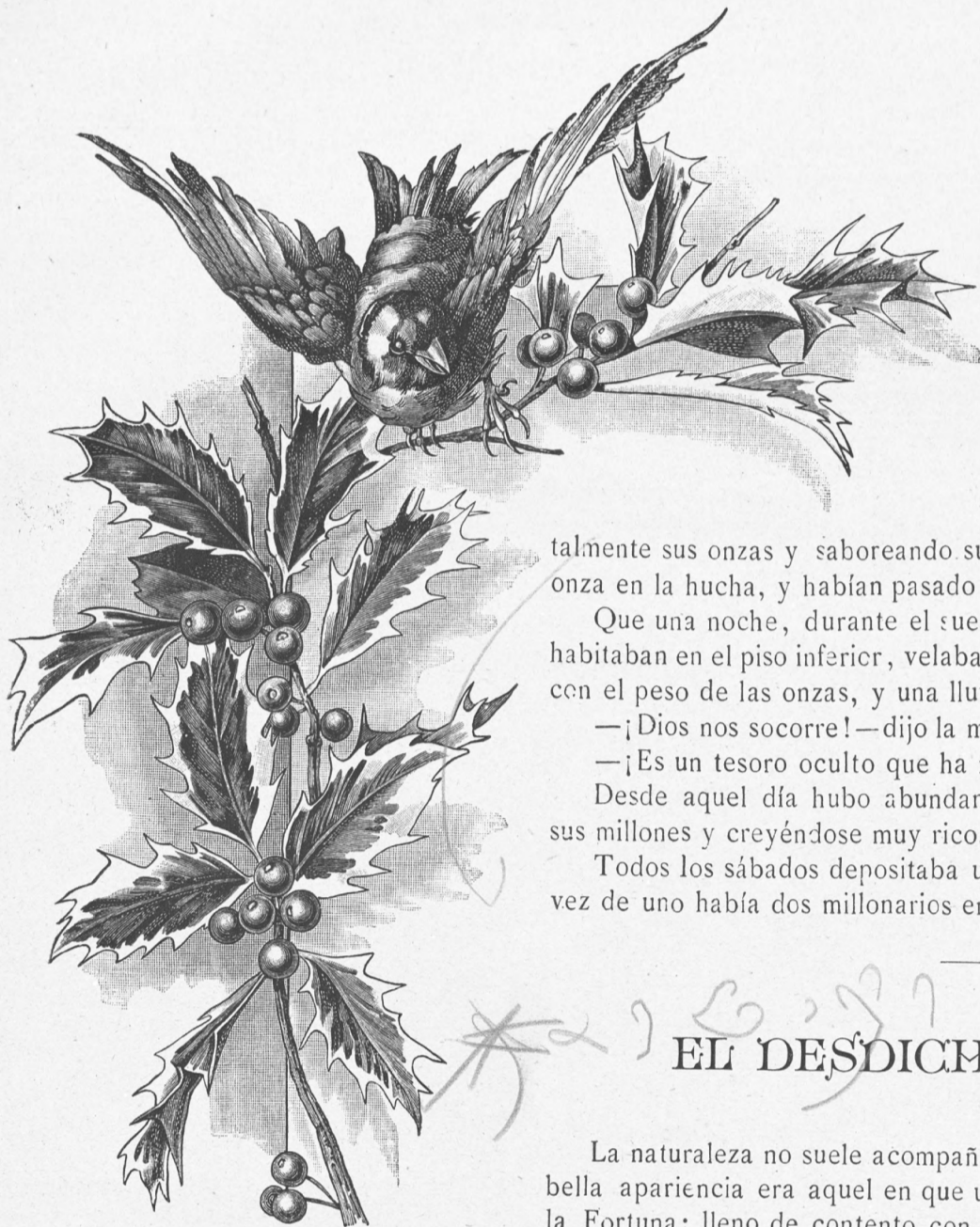


CUENTECILLOS



LA MUCHA DEL AVARO

¡Con qué cuidado descubría el avaro todas las noches la trampilla que ocultaba en el suelo la abertura de la hucha! Sólo cabía por ella una moneda grande y ni el índice de un niño podía deslizarse por la entrada de aquel sepulcro de dinero, cavado en el suelo de la guardilla y revestido de cal y ladrillo para huir de la tentación de sacar jamás aquel tesoro.

Su cama estaba colocada encima y pasaba la noche en vela guardando su riqueza, contando mentalmente sus onzas y saboreando su mísera opulencia. Todos los sábados depositaba una onza en la hucha, y habían pasado tantos sábados...

Que una noche, durante el sueño del avaro, mientras un pobre artista y su mujer que habitaban en el piso inferior, velaban de hambre y hacían cálculos tristes, hundióse el techo con el peso de las onzas, y una lluvia de oro enriqueció y alegró la casa de los pobres.

—¡Dios nos socorre!—dijo la mujer.

—¡Es un tesoro oculto que ha reventado en nuestro techo!

Desde aquel día hubo abundancia en casa del artista, y el avaro vivía feliz velando sus millones y creyéndose muy rico.

Todos los sábados depositaba una onza en la hucha, que caía en casa del artista, y en vez de uno había dos millonarios en la casa.

EL DESDICHADO Y LA FORTUNA

La naturaleza no suele acompañarnos con sus lutos y alegrías en los nuestros. Día de bella apariencia era aquel en que un desdichado supo el sitio y hora en que debía pasar la Fortuna: lleno de contento con aquella noticia que aseguraba su suerte, esperó á la diosa con la anticipación y anhelo de un enamorado. Las horas eran tan lentas aquel día, que el desdichado tuvo tiempo de calcular y comprender, que era conveniente obsequiar á la diosa con un ramo de flores. Inclínose precipitadamente para recoger unos claveles, luego arrancó una rosa y el rosal lanzó un gemido.

—¿Por qué me mutilas?—le dijo.

—Perdona, rosal; quiero hacer un pequeño obsequio á la Fortuna.

—Es inútil—respondió la planta con rencor,—la Fortuna se ha deslizado detrás de ti mientras recogías los claveles.

El desdichado sólo sintió un aleteo lejano; y todavía está esperando á la Fortuna con un ramo de flores secas en la mano.

LOS CABELLOS DE ORO

PÍAD, pajaritos, piad, y decid al hada de este bosque frondoso que la espera su ahijada Alicia cubierta de harapos y llorando. Los pajaritos piaron de lástima y el hada apareció.

—¿Qué tienes, niña?—dijo compadecida al ver aquel lindo cuerpecito tan desabrigado y andrajoso;—¿por qué tapas la cabeza con ese pañuelo viejo? ¿No eres rica? ¿No te concedí el don de que tus cabellos fuesen de oro?

—Vengo á que me retiréis ese don—respondió la niña enseñando la cabeza, que estaba completamente calva.—Como mis cabellos son de oro, todos me los arrancan: apenas nacen me los cortan al rape y me afeitan la cabeza. ¡Ay, señora mía! Mientras mis cabellos sean de oro sólo seré Alicia la pelona.

EL LOCO Y LA LUNA

PASABA un loco la noche disparando tiros á la luna.

—¿Por qué tiras á la luna?—le preguntó un vecino suyo.

—Ya lo ves: para cazarla.

—Esa carabina es de poco alcance—repuso el cuerdo;—no cazarás á la luna con ella: ¿no sería mejor que la pescases? Y le enseñó en el lago el reflejo de la luna.

El loco compró una red, y desde entonces pasa todas las noches junto al agua esperando que caiga la luna dentro de sus mallas.

—¿Qué te propones con ese engaño?—decían al cuerdo consejero sus amigos.

Y éste respondía:

—Ya que no es posible evitar las manías de los hombres, es una ventaja conseguir que sea inofensiva su locura.

José FERNÁNDEZ BREMÓN

DOS OPINIONES



Los *Asilos de Santa Cristina* me los sé de memoria: lo mismo el que los Protectores de los Pobres instalaron provisionalmente en el Paseo de las Yeserías, que este que hoy se inaugura, los he visitado con frecuencia, siguiendo paso á paso sus adelantos.

En el de las Yeserías, no hay detalle que me sea desconocido; y en este de la Moncloa he admirado, en más de una ocasión, la rapidez con que se llevaban las obras y la belleza de las edificaciones.

¿Para qué ocultarlo? Considero como cosa propia esta fundación, pensando en que es más que probable, seguro, que aquí he de pasar los últimos días de mi vida, allá cuando esta inteligencia no dé más de sí para llenar un hueco en algún periódico.

Indudablemente, un sentimiento egoísta me lleva á interesarme por cuanto se relaciona con esta obra benéfica, y por eso voy recogiendo opiniones entre los que disfrutan de los beneficios que aquí se dispensan.

Estas opiniones las consigno en un cuaderno que tengo para el caso y del cual voy á copiar dos, á fin de que se vea de qué modo piensan los que aquí se albergan.

Cambio los nombres, pero repito fielmente las frases que oí.

EL SEÑOR IGNACIO

—Pues se lo digo á Ud. con franqueza; yo me hallo aquí como el pez en el agua: tengo buena comida, buen abrigo y excelente cama, y de limpieza ¡no se diga! ¡pues si á ratos se me figura que otra vez he vuelto á los tiempos aquellos en los que mi mujer me cuidaba como á un príncipe!

¡Si Ud. supiera lo que he sufrido antes de verme en esta casa! Solo en el mundo y sin poderlo ganar trabajando, para no morirme de hambre pedí limosna; cuando me la daban, comía en un bodegón, y por la noche, si las cosas iban bien, á la maroma.

¿Que no sabe Ud. lo que es la maroma? Pues verá usted: en un cuarto en el que suele entrar la luz por unos huecos practicados en las paredes, tienden una maroma que va sujeta á unos ganchos por sus extremos; los que dan diez céntimos para pasar la noche en aquel cuarto, siéntanse en el suelo, apoyan los brazos en la maroma y así duermen; es decir, pasan la noche; cuando amanece, sus cuerpos están molidos como si hubieran recibido una paliza. Eso es la maroma.

¡Buena diferencia va de aquel suplicio á esta comodidad y á este reposo que se disfrutan aquí! Esto es un palacio encantado si se compara con aquéllas.

¡Dios colme de gloria en el cielo á cuantos contribuyen al sostenimiento de este Asilo que tantas penas ahorra al que, como yo, después de mucho trabajar, llegan á la vejez faltos de lo necesario para vivir.

CARMENCITA

No pasará de los doce años; sus grandes ojos negros muévense como dos geniecillos y tienen el brillo del azabache; como es morenita y tiene la nariz un poco remangada, parece una gitanilla; por sus labios se escapa la risa que no le cabe en la boca, y cuando habla enseña unos diente-cillos que parecen de esmalte.

Distinguese de las demás por su donaire y soltura y es la que mejor siente lo que dice: hay que verla cuando repite los dos últimos versos de la jaculatoria «Bendita sea tu pureza»; entonces repliega su personita y fija la mirada en el cielo como si en el espacio infinito viera la imagen de María.

Lo que sabe de su existencia lo explica de esta manera:

—Madre no he tenido yo; no, señor; las demás niñas que conozco sí que tienen madre; pero yo no la he tenido nunca; ahora sí que tengo madre, porque la Hermana Sor Inés me ha dicho que la Virgen del Carmen es mi madre, desde que entré en esta casa.

Antes la Rosa me daba buenas tundas cuando no recogía mucha limosna; la Rosa es una mujer muy mala; un día quiso matarme porque no recogí una peseta; no llegó á matarme, pero me puso el cuerpo que daba lástima á las niñas que me lo vieron.

Ahora, ni Sor Inés ni las otras Hermanas me pegan: yo no sé cómo ha sido esto: me acuerdo de que una noche tuve mucho frío, y acurrucada en un portal, me quedé dormida; vino á despertarme uno del Orden y ¡qué susto llevé! los del Orden, á las niñas que piden, las echan, á veces con malos modos, del sitio en que se cobijan para no sentir tanto frío; pero el del Orden que me despertó á mí era bueno; casi en brazos me llevó, primero á una casa muy grande y luego me trajo aquí.

Por el camino me dijo que la Rosa no me daría más tundas, y no me engañó.

Ve Ud.; aquí me han enseñado á ser limpia, á rezar y á querer mucho á la Virgen del Carmen, que ahora es mi madre, y por eso la digo siempre:

Mírame con compasión,
No me dejes, madre mía.

Las Hermanas nos quieren mucho á las niñas, y Sor Inés dice que estamos tan bien porque son muchas las personas que dan dinero para que nada nos falte.

Casi todos los días viene á vernos un señor muy mayor y nos acaricia y se ríe con nosotras; Sor Inés le llama D. Alberto; y cuando aquel señor se va, dice Sor Inés que debemos quererle mucho, porque él nos quiere más á nosotras.

Y rezamos por él y por los demás que dan dinero para que estemos aquí tan ricamente.

También yo rezo y rezaré toda mi vida por los que practican la Caridad.

CARLOS AMER.



La Caridad se representa por el ave simbólica el *Pellicano*, abriéndose el pecho para alimentar á los polluelos.

El que se desprende de lo que le pertenece para proporcionar cómodo albergue al desvalido, hace como el *Pellicano*, y es hijo de la Caridad, mereciendo bien de sus semejantes.

Las obras de Caridad que se practican en la tierra son escabeles para alcanzar el Cielo.

TOMÁS ARANGUREN.

LOS MENDIGOS EN EL ARTE

La antigüedad representó en sus monumentos á los esclavos, pero á los mendigos no. Sólo como personaje episódico aparece el mendigo en la iconografía cristiana, en la escena famosa de la partición de la capa que hizo San Martín. Pero el mendigo de esta escena es un mendigo simbólico. Los desheredados de la fortuna, puede decirse que no alcanzaron los honores del retrato, hasta que los artistas, después de tantos siglos de haber pedido inspiración á las sublimidades del Cielo, bajaron los ojos para buscarla en las realidades de la Tierra, es decir, cuando llegaron los días del naturalismo. La Literatura indicó el camino á la Pintura, dando vida inmortal al ciego pordiosero que tuvo por lazarrillo al famoso de Tormes y á la caterva desarrapada que pulula en torno del señor de Monopodio. En la pintura, Velázquez fué el primero que, seducido por el pintoresco realismo de las gentes vagabundas y pordioseras, buscó en ellas sus modelos para los tipos de género á que fué tan aficionado. Por virtud de su genio han pasado á la posteridad, tal como fueron, los anónimos desarrapados que conocemos con los apodosos harto honrosos de *Menipo* y *Esopo* y al auténtico *Bobo de Coria*. Confúndense en aquéllos el truhán con el mendigo, redimidos por el arte, como los *borrachos* adoradores de Baco. Murillo, en el cuadro de *Santa Isabel*, Reina de Hungría, curando á los tiñosos, quizá fué el primero que expresó en el arte representativo la hermosa idea de la Caridad, en la que se inspiran los ricos de hoy para ennoblecer al pobre.

Los pintores naturalistas de hoy han seguido las tradiciones de Velázquez: sus pintorescos héroes son los pobres, que en tiempo de Goya y de Alenzón iban á la *sopa boba* de los conventos y hoy merodean en torno de los benéficos Institutos, ó burlan á la policía; porque el realismo del amor á la vida miserable es, por desgracia, un mal social que ojalá consiga extirpar la Caridad, y entonces sólo nos quedarán de muestra los tipos característicos inmortalizados por el arte.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

CONVENCIMIENTO

Siempre que nuestra dicha
depende de otros,
la desgracia es segura
para nosotros.
Ruin egoísmo,
nunca amarás á nadie
como á ti mismo.

V. COLORADO.

A LA MEMORIA DE UNA POETISA POBRE

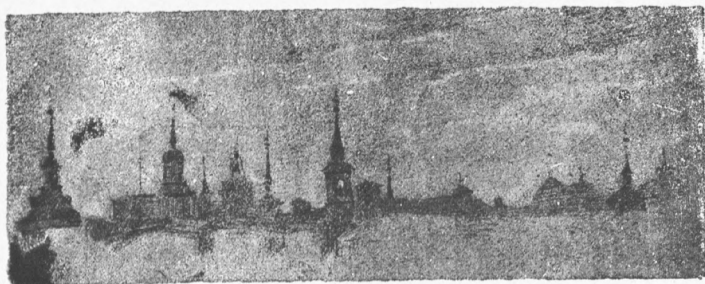
Ciega del renombrado Manzanares,
ave humilde de canto lastimero;
como pájaro al borde de un sendero
derramaste tus trinos á millares.

Las frescas redondillas populares
de ti corrían cual fugaz venero,
y embelesaste á todo pasajero
con el ritmo genial de tus cantares.

Personajes del trono y la nobleza
escucharon tus rimas y tu lloro
y nadie te arrancó de la pobreza.

¡Quién sabe, acaso, ruiseñor sonoro,
si mejor que cantando en la maleza
trinado hubieras entre alambres de oro!

SALVADOR RUEDA.



Esperando al zagal, por ANTONIO GARCÍA LOPEZ

LA CARIDAD

¡Con qué espléndida llama se ilumina
prendida por su lumbre la conciencia!
Reina de las virtudes, cuya esencia
nace al calor de irradiación divina,
En pos del mal solícita camina;
aplaca de sus dardos la violencia,
cual bálsamo de amor y de clemencia
que inefables consuelos origina.

Ciega, cosmopolita, generosa,
aun á través de montes y océanos
sus dones lleva á repartir piadosa.

Y hacia el dolor al extender sus manos,
tan fecunda es su luz y tan hermosa,
¡que transforma los hombres en hermanos!

MIGUEL CARRASCO LABADÍA.

Enero 16 de 1895.

CANTARES

I

Yo no tenía más lumbre
que del sol los resplandores;
hoy tengo fuego de brasas
y calor de corazones.

II

Así, á las puertas del cielo,
dos almas piden entrada:
—Yo he llorado mucho, mucho.
—Yo he secado muchas lágrimas.

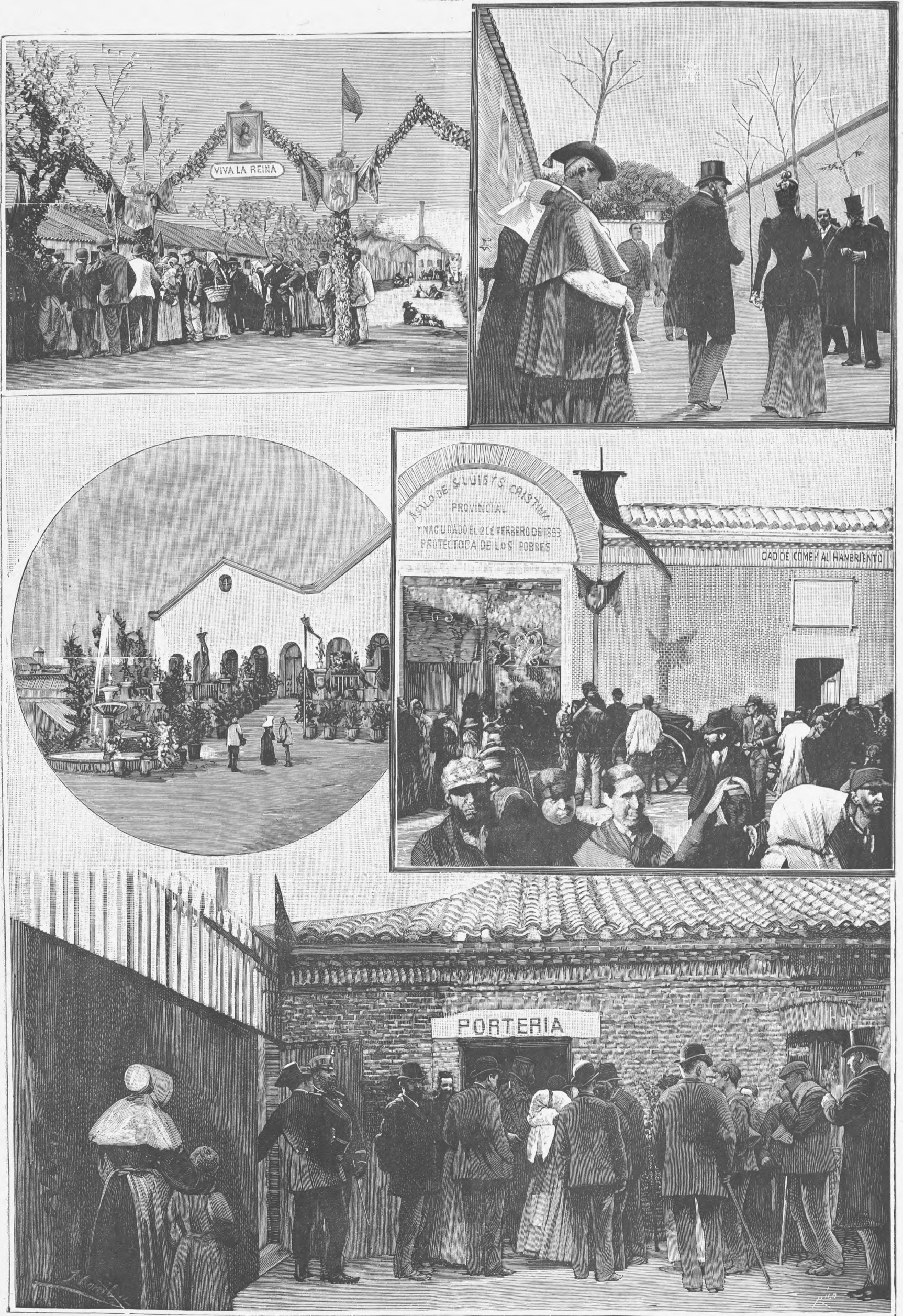
III

Padre no tengo, ni madre—
exclamaba el infeliz,
y dijo la Caridad:
—Aquí me tienes á mí.

MELCHOR DE PALAU.

Si el hombre pensase, con frecuencia, en que vive por caridad de Dios, tendría mucha más con sus semejantes en todos los órdenes de la vida.

A. ALMONACID Y CUENCA.



El Asilo de las Yeserías.—VISITA DE S. M. LA REINA

(Apuntes tomados del natural)